

ESCENAS CAMPESTRES

La muerte de la vaca

La vaquita con su jaspeada piel blanca y negra, sello distintivo de las que no trabajan y se las dedica exclusivamente á producir leche, había dado ya once terneros y miles de litros de este nutritivo alimento.

Quince años, poco mas, poco menos, cumplía en el establo de casa y á la sazón estaba amamantando el último ternerillo con un disfrute de salud inmejorable.

La vida de estos animales no puede ser más monótona y tranquila; limitada á pacer por la mañana, pastar por la tarde, rumiar entre horas, tumbarse en la cuadra y aspirar con satisfacción el aire puro del campo, sin otra obligación que la de ofrecer á sus amos las hinchadas ubres llenas de mantecosa leche.

Una tarde, el criado encargado de su cuidado notó con extrañeza que no quería comer y que á su insistencia respondía con una triste mirada de sus ojos, como diciéndole, *no ves que no puedo?*

La enfermedad hizo en pocos días rápidos progresos y el albeitar, encogiéndose de hombros, auguraba mal para la pobre bestia, calificando de *franzesmiña* su dolencia y de carácter contagioso, procedente de Francia. De Francia y de todo el orbe, pues lo que el veterinario diagnostica de tal, es una neumonía ó pulmonía infecciosa, exactamente igual á la que padecen los racionales.

Entramos en la cuadra por curiosidad y cariño á ver á la pobrecita vaca presa de una disnea que la asfixiaba por momentos. De pié, con la cabeza estirada buscando aire, la lengua fuera de la boca, estremeciéndose todo su cuerpo al compás de una irregular respiración que imitaba el ruido de una pequeña sierra cortando la madera, en cuanto se enteró de nuestra presencia, su mirada se fijó anhelante en nosotros, cual si en nuestras manos estuviese el poder aliviarla.

El ternero permanecía silencioso en un rincón del establo y como extrañado de las novedades que en tan poco tiempo surgían y que le privaban de su acostumbrada ración de leche, y el hermoso mastín blanco, guardián de la finca, nos acompañaba en la triste visita con el rabo entre las piernas y la mirada vaga en señal de desconsuelo.

Verdaderamente que el cuadro era conmovedor, que no por tratarse de un animal dejaba de impresionar el ánimo el ver sufrir tan cruelmente á la pobre vaca, que con el instinto de todo bicho organizado resistía á la muerte con desesperación.

Yero no había remedio: sus instantes estaban contados y así nos lo denunciaba aquel extraño ruido de sus congestionados pulmones, que parecía salir de un fuelle roto al que se escapa el aire por todos lados.

La reunión de expertos caseros, venidos espontáneamente de las inmediaciones á prestar sus desinteresados servicios, dictaminó el caso lanzando sus conclusiones por unanimidad con la frase de que el animal *no pasaría la noche* y á la desesperada le propinaron algunos remedios domésticos, cuya base es casi siempre gran cantidad de vino y terminada su misión se retiraron, lamentando la pérdida de una vaca que había dado grandes rendimientos á sus amos y de la que aún se podía aprovechar la piel, y si la junta de sanidad no se oponía, hasta la carne.

Nos retiramos á descansar, y ya dormidos nos despierta sobresaltados el incesante y plañidero aullido del mastín y los mugidos cada vez más fuertes del ternero.

Saltamos de la cama, era la una, y precipitadamente salimos al campo, porque la cuadra se halla algo separada de nuestra habitación y al vernos el mastín nos guía al establo. No habíamos hecho más que abrir la puerta de éste, y ante nuestros ojos

aún soñolientos, vemos en aquel preciso momento á la vaca dar un resoplido extraño y cual si hubiese recibido un enorme gollotazo del torero más hábil de España, caer redonda, muerta.

El mastín y el ternero redoblaron su lúgubre algarabía y nosotros volvimos á retirarnos, á aguardar la mañana para sepultar los restos de nuestra fiel compañera de quince años.

A la hora del enterramiento, se reunieron más caseros que los que acudir suelen á los funerales de un semejante, y los comentarios fueron dignos de los que encariñados con los animales conceptúan á estos como miembros de su propia familia y á veces les lloran más que á sus propios hijos.

En una rastra tirada por dos congéneres suyos fué transportada la vaca á un manzanal inmediato, y á la profundidad ordenada por las disposiciones sanitarias, quedó sepultada para siempre.

Los caseros, después de haberse comido un par de quesos del país, algunas libras de pan y vaciado una azumbre de vino á título de ceremonia de enterramiento, se desparramaron con dirección á sus viviendas, y la cuadra donde murió el animal, después de bien fumigada para evitar la propagación de la infecciosa enfermedad, aguarda á que cumpliéndose el refrán de que *á rey muerto rey puesto*, ocupe el lugar de la anterior, otra vaca bretona comprada en la primera feria.

ALFREDO DE LAFFITTE.

